

EL MUNDO JUDIO EN LA PINTURA DE MARC CHAGALL

por el prof. GÜNTER BÖHM

Seminario de Arte Judío de la Facultad de Bellas Artes, U. de Ch.

De los grandes pintores del siglo xx, tal vez Chagall sea uno de los pocos que no ha tenido imitadores ni discípulos. Sus cuadros de resplandeciente colorido con unos personajes flotando en el aire, sus relojes alados, sus gallos bailarines constituyen un tan excepcional y fiel reflejo de su personalidad, de su medio y de su vida que cualquier otro pintor que osara imitarlos quedaría de inmediato en descubierto.

Nació Chagall el 7 de julio de 1887, en Vitebsk, en el seno de una familia proletaria, que rodeó al artista de calor y cordialidad. Su padre, hombre sencillo y bondadoso, trabajaba en un depósito de ventas de arenques; su madre, pequeña y vivaz, vendía verduras para ayudar al sustento de la numerosa familia. En la cercana ciudad de Lyozno vivía su abuelo y su tan querido tío Neuch, que durante las noches solía empuñar su amado violín para arrancarle melodías jasídicas, como miembro de esta secta judía que aspiraba entre otras cosas a la unión con Dios mediante el éxtasis producido por la música y la danza. Este tío, un héroe a los ojos del niño, iba a aparecer más adelante en muchas obras de su famoso sobrino.

Bebiendo en este doble manantial de la tradición judía y de la rusa, ambas tan ricas en acontecimientos maravillosos, en fábulas y en cuentos, Chagall llenó su memoria de todas esas humildes maravillas cotidianas, que conservaban para él su poder de asombro, de encantamiento y de diversión. La atmósfera del milagro permanente era muy intensa en esas comunidades judías, ebrias de lo sobrenatural, alimentadas de esperanzas seculares, que creían en rabinos milagrosos que iban de viaje y cuyos prodigios eran incontables. Fenómenos sobrenaturales se habían depositado en la imaginación de aquellas comunidades judías de Europa oriental.

Como también se supone que Jayim Yizjak Aisik Segal, creador de los famosos decorados murales de la sinagoga de Mohilev, fue antepasado suyo, no es de extrañar que Chagall deseara hacerse pintor. En su autobiografía ilustrada por él, "Mi Vida", describe a su padre y sus propios problemas de adolescente: "...Mi padre tenía ojos azules. Pero sus ma-



fig 1 Chagall: autorretrato de la sonrisa, dibujo 1924-25

nos estaban cubiertas de callos. El trabajaba. El rezaba. El callaba. Como él, también yo era taciturno. ¿Qué iba ser de mí? ¿Acaso debía permanecer así toda la vida, sentado delante de una pared, o acaso debía cargar pesados toneles de arenques? Yo me miraba las manos. Tenía manos tan delicadas... Tenía que buscar una profesión especial, una ocupación que no me obligara a alejarme del cielo y de las estrellas y que me permitiera encontrar mi sentido de la vida. Sí, precisamente esto era lo que yo buscaba. En mi pueblo natal nadie había pronunciado delante de mi oído las palabras "¡Arte, Artista!" ¿Qué es esto, un artista? preguntaba yo... Más adelante, cuando observaba a mi padre debajo de la lámpara, soñaba yo con el cielo y las estrellas, lejos de mi calle. Toda la poesía de la vida se me había condensado en la tristeza y en el silencio de



fig 2 Chagall: Encima de la ciudad, dibujo 1922-23

mi padre. Aquí estaba la fuente inagotable de mis sueños: mi padre, comparable a la vaca inmóvil, callada, taciturna que estaba durmiendo sobre el techo de la casucha...".

Su primer aprendizaje de pintor lo realiza Chagall con Yehuda Penn, sencillo pintor de retratos del pueblo y que mostró interés por los primeros bosquejos del artista. Ya en sus primeros cuadros nos pinta el mundo del judío desde su nacimiento hasta la muerte. Nos hace resucitar la tradición judía de su pueblo. Observamos sus casas desmoronadas, con sus frentes pintados en colores múltiples, sus techos inclinados y sus calles, en cuyos lodazales niños y animales jugaban juntos. Nos lleva con su familia hacia la sinagoga, a la casa del rabino, a la plaza del mercado donde observamos los ancianos judíos en amena conversación, dentro de una atmósfera de cordialidad y profundo sentido de justicia.

También recibe Chagall la influencia de los artesanos judíos y de los letreros pintados para las tiendas y ejecutados según la manera popular regional, aunque no debe buscarse influencias en la obra de Chagall, pues como bien dice Apollinaire: "Su arte se burla de toda lógica, de toda probabilidad, de toda física...".

Ya en sus primeras obras, Chagall demuestra su específico carácter expresivo. Se siente impulsado a subrayar, en forma intuitiva, la esencia espiritual de sus cuadros, por medio de ciertas exageraciones y distorsiones. En sus pinturas de los barrios judíos no ilustra un mundo de perseguidos o de desesperados. El ama su judaísmo y se siente orgulloso de él. Representa al mundo judío de un modo inimitable, enfocando su vida siempre desde un ángulo positivo. Basta observar sus retratos de rabinos, con

toda su grandeza y seriedad y el orgullo de sus figuras barbudas envueltas en su Talit, el manto de oración.

Chagall no caricaturiza al judío. Cuando le da forma y configuración irreales, a veces inexplicables, sólo desea con ello dar una expresión más vigorosa a su mundo sentimental, haciéndose intérprete de los sueños y un pintor de fábulas y leyendas. Su grandeza queda manifiesta en el hecho que su herencia judía no le pesa como una carga o un impedimento: él le sabe dar expresión positiva y jubilosa.

Más adelante, en San Petersburgo, Chagall pasó un período muy difícil. La Academia de Arte lo rechazó, pero la Sociedad Protectora de las Artes lo acepta y le da una beca de diez rublos mensuales. Sin embargo, no recibe allí una preparación adecuada por lo que se traslada a la Escuela de León Bask, en contacto con los artistas franceses de vanguardia, quien era, como es sabido, uno de los más modernos y avanzados pintores de la Rusia de entonces. Chagall queda profundamente impresionado al visitar por primera vez este taller y a pesar de quedar extrañado por los ensayos decorativos que se realizan allí, ve confirmada su instintiva audacia artística, descubre las posibilidades expresivas de la pintura y la fuerza sugestiva que se consigue a través de la deformación. En su autobiografía describe las dificultades de vivir en San Petersburgo: "...Para poder vivir necesitaba yo no sólo dinero sino también un permiso especial. Yo soy judío. Y el Zar ha destinado un sector a los judíos que aquéllos no podían abandonar... Mis medios no me permitían arrendar una pieza, así es que me contentaba con el rincón de una pieza. Ni siquiera tenía una cama para mí solo... En estos rincones, en comunidad y vecindad con obreros y vendedores ambulantes de verduras no me quedaba más que acostarme en un rincón de la cama y meditar sobre mí mismo. ¿Y sobre qué más? Mis sueños me dominaban: una pieza cuadrada vacía, en el rincón una sola cama y yo acostado en ella. Hay oscuridad, de repente se abre el techo de la pieza y un ser alado baja con un gran ruido y llena la pieza con movimientos y nubes. Hay un estrépito de alas agitadas. Yo pienso: este es un ángel. No puedo abrir mis ojos, hay demasiada claridad, demasiada luminosidad. Después de haber registrado toda la pieza, se levanta este ser de nuevo y desaparece por el hueco del techo. Se lleva toda la luz, todo el aire. Otra vez oscurece. Yo despierto. Mi cuadro "La Aparición" recuerda este sueño...".

Esta atmósfera de sueño que encontraremos más adelante en las pinturas de Chagall es también una fuga

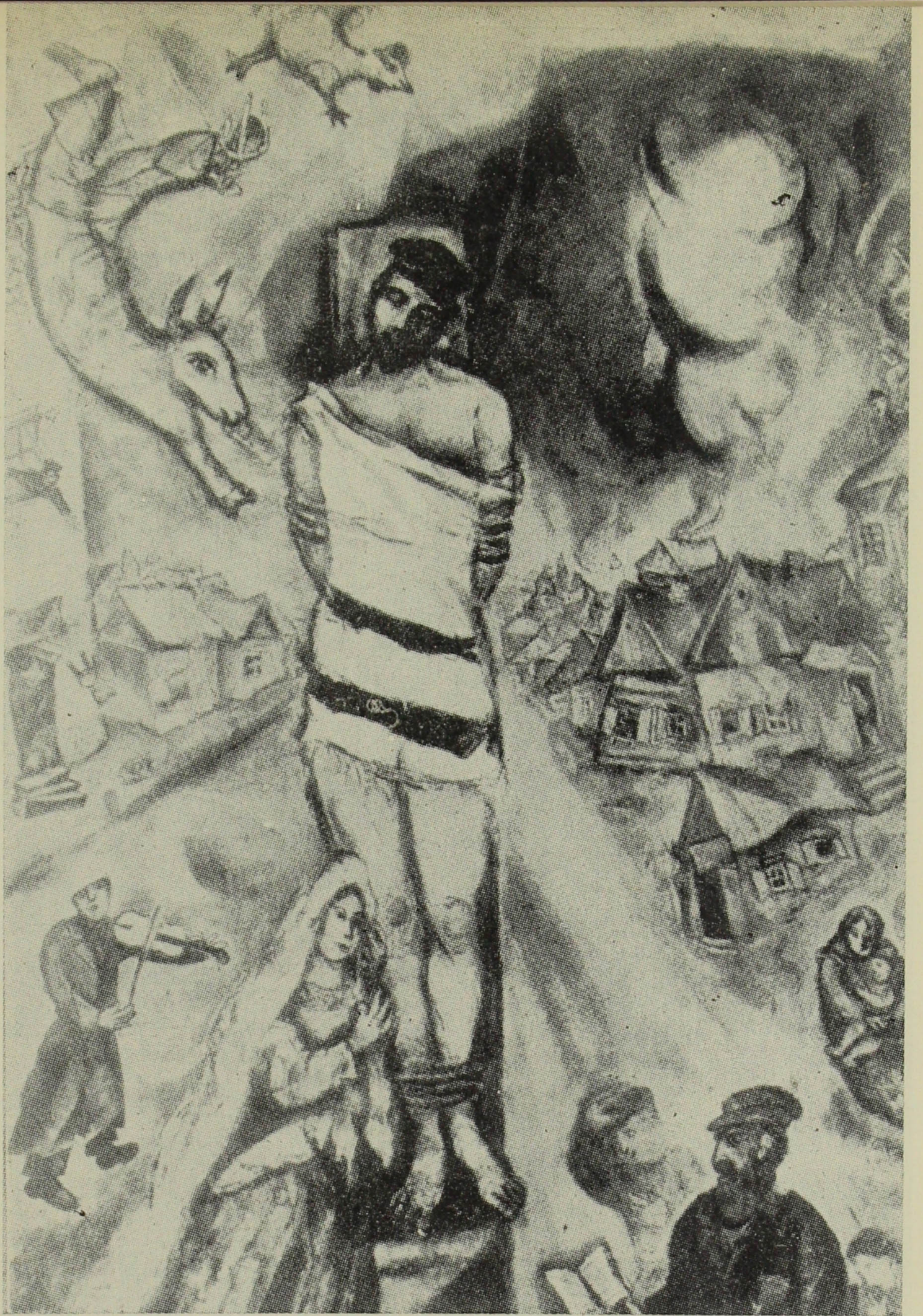


fig 3 Chagall: El martirio, óleo 1940

de la realidad, la incesante fuga del artista que había comenzado en la juventud. Se sabe que más tarde Chagall se desmayaba a menudo, casi voluntariamente, cuando deseaba escapar de alguna situación embarazosa. Esta forma de "escapismo" se observa también en sus cuadros de temas judíos, en los que prefiere pintar una especie de sueño de su pasado, de un romanticismo del "Stetl", del villorrio judío ya desaparecido.

Al volver a Vitebsk, Chagall posee ya una manera propia de expresión, todavía oscura y pesada, si bien aligerada por ciertas iluminaciones. Buscando una síntesis figurativa, realiza así escenas que están fuera de toda realidad directa y que dan vuelta constantemente alrededor de los temas de la vida humana. Chagall nos pinta entonces diversas versiones que nos demuestran cómo el artista trabaja en permanente búsqueda por conseguir una representación pic-



fig 4 Chagall: Moisés recibe las tablas de la ley, óleo 1950

tórica que le sea perfecta. Una joven extraordinariamente talentosa, Bella, lo acompaña y le ayuda en sus intentos. En 1910, gracias a la amistad y protección de un diputado de la Duna, Winawer, quien le facilita dinero para un viaje a París, Chagall pudo rodearse de un ambiente nuevo, y hacerse amigo de Blaise Cendrars, de Max Jacob y de Apollinaire y de los pintores La Fresnaye, Delaunay y Modigliani. En París se le abren los ojos, como él dice, y aquí

encuentra la afirmación para sus composiciones geométricas nacidas del puro instinto. Pero mientras los pintores cubistas representan en sus cuadros objetos de la vida diaria, Chagall fija en su pintura objetos independientes del mundo real, basándose únicamente en su inspiración y en sus recuerdos. Se confunde en su arte el pasado y el futuro, sus personajes y objetos no tienen gravedad y cada detalle de su mundo interior mantiene plena libertad, toda su belleza y

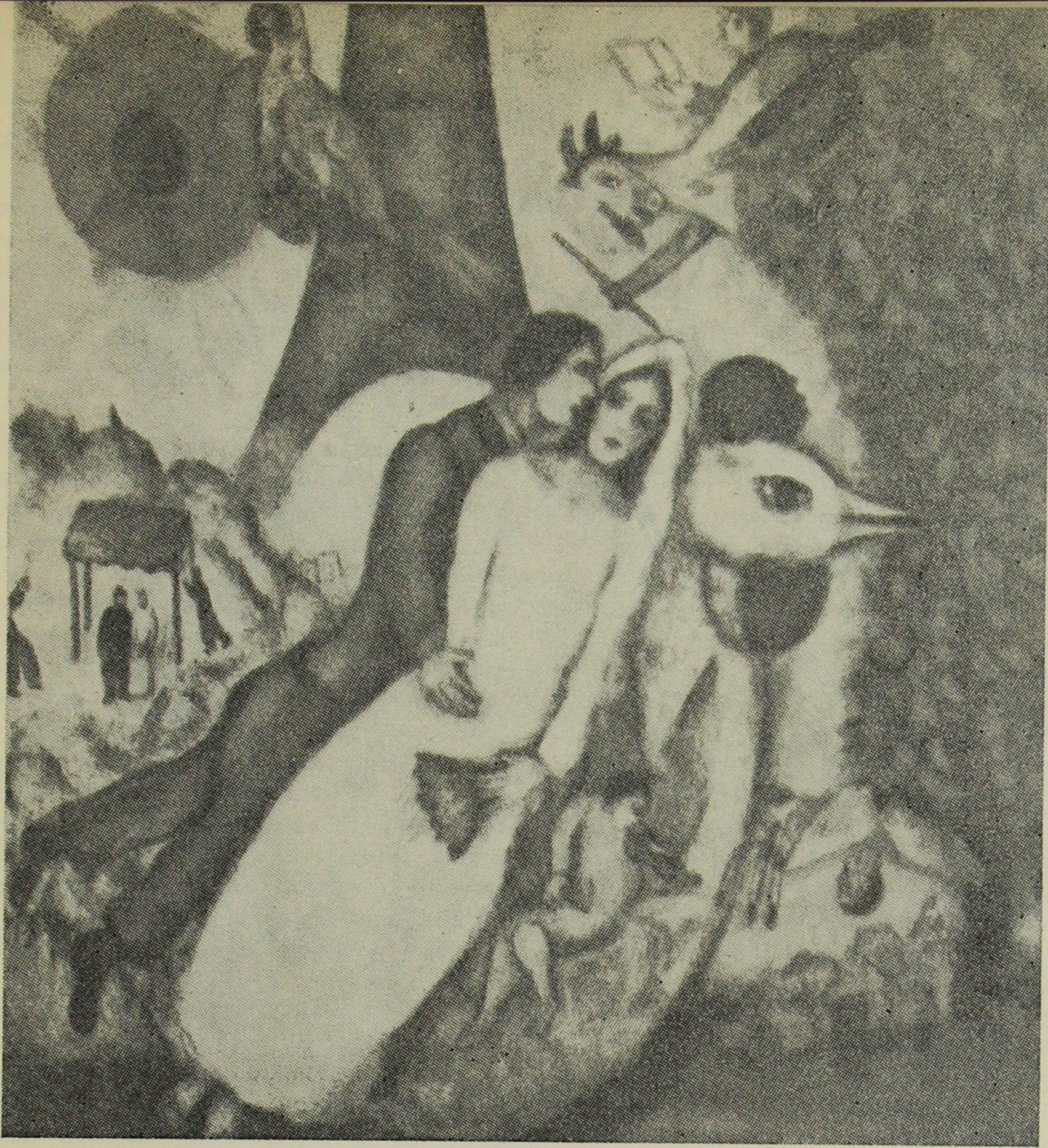


fig 5 Chagall: Los novios en la torre Eiffel, óleo 1938-39

gracia. Los objetos sacados de la vida real se mueven libremente en todas las direcciones. Casi todas las pinturas de este período, con títulos que les dio Blaise Cendrars, fueron elegidas por Apollinaire para una gran exposición que tuvo lugar en Berlín en 1914, que alcanzó excepcional resonancia y que le dio un gran impulso al movimiento expresionista de la post-guerra.

Resulta sin embargo difícil clasificar a Chagall en alguna de las diversas escuelas modernas, aunque se le haya agrupado con los surrealistas por sus extrañas siluetas, sus fantásticos animales y sus casas puestas al revés. Más bien parecen creaciones poéticas y simbólicas de una imaginación sin límites, cuyos sueños son irrealizables. Chagall declara enérgicamente: "Protesto de las palabras "fantasía" y "simbolismo". Nuestro universo interior es la realidad... más real tal vez que el mundo visible...".

Su estilo, demostrativo de humor y fantasía, se ha desarrollado poco a poco en diversas etapas. Influen-

ciado por la pintura francesa, sus obras llegan a una más clara armonía de color, no tan limitada por el gris y el marrón como lo estaban sus trabajos anteriores en Rusia. Más adelante, vencida ya la influencia del cubismo, pero ahora influenciado por la obra de Rembrandt, abandona Chagall la importancia de la luz y sombra y da comienzo a los efectos de contraste entre colores brillantes y claros, efectos que se constituyen en características de su arte. Adviene un estilo tan propio en el cual las imágenes se transforman en cuentos, provenientes de vivencias en las que aparece tanto el soñador como su sueño, la vaca en el techo, los personajes que descienden del cielo. Parece que el aire es el elemento en el cual Chagall se siente más comfortable. Su variedad de temas y motivos es inagotable. Pinta repetidas veces su pueblo natal, Vitebsk, con sus numerosas torres de iglesias, sus pobres casas, su mercado y su cementerio. Pinta a un rabino de barba amarillenta y rostro verdoso, a un judío con ropas oscuras sosteniendo una Torá roja, a un violinista de barba roja y mueca burlona

con un violín amarillo en sus manos, o a otro de chaqueta verde, sentado en un tejado tocando sus melodías.

La Primera Guerra Mundial sorprendió a Chagall en Rusia, adonde había vuelto en 1914. Reside en San Petersburgo, y allí se casó con Bella en 1915. A su manera, elabora en su mundo interior la realidad trágica. Con colores fríos y chillones, con líneas interrumpidas, pinta su "Rabbi Verde", un cuadro de expresión impenetrable. Siempre aparece como un "leitmotiv" su tema favorito, el villorrio, no como una reminiscencia dulce y soñolienta sino en toda su real pobreza y desnudez. El mundo amenazado de su niñez pareciera querer revivir otra vez en toda su plenitud, en la obra de Chagall. Si antes había representado esta niñez con su poesía, su melancolía, ahora la pinta con tonos rosa-claros, verdes intensos, azules transparentes, detallando solamente lo esencial. Al comenzar la Revolución Rusa de 1917, Chagall recibe del famoso Comisario del Pueblo para la Educación, Lunacharsky, el nombramiento de Comisario de Bellas Artes del distrito de Vitebsk. Pero si en un comienzo, el nuevo gobierno alentaba los movimientos artísticos de avanzada, más adelante Chagall tuvo dificultades para seguir adelante con sus proyectos y dimitió su cargo. En Moscú se encuentra con Granovsky, director del Teatro Judío, el cual le encarga los murales para la sala de espectáculos y el foyer, como asimismo la realización del decorado y el diseño del vestuario.

En 1922 vuelve Chagall a Francia, y el conocido editor Vollard le encarga ilustrar un libro. Chagall elige el libro de Gogol "Las Almas Muertas" y ejecuta 96 grabados, que recién aparecieron en el año 1949. En 1927 comienza a ilustrar las Fábulas de La Fontaine, libro que aparece asimismo después de la muerte de Vollard, en 1952.

Pasado su período cubista y la explosión expresionista que sigue a la Primera Guerra Mundial, Chagall descubre en el sur de Francia la belleza de las flores y de la naturaleza. Pinta sus primeros paisajes y encuentra un nuevo lenguaje pictórico.

En 1951 le invitan a participar en la fundación del Museo de Tel Aviv. Viaja a Palestina y Siria para conocer el paisaje bíblico, a fin de ilustrar la Biblia, a su vuelta, por encargo de Vollard.

Aunque Chagall haya representado en gran parte de sus cuadros el mundo de su niñez, desde el año 1935 aparece en su obra esa atmósfera amenazante que pronto iba a terminar en la persecución de los judíos

y la guerra, y que muestra elementos dramáticos, religiosos y sociales impresionantes. Pinta sus conmovedoras obras en las cuales el pueblo judío está simbolizado por el Jesús crucificado —cuyo único ropaje lo constituye un Talit, manto de oración— rodeado por la visión de casas destruidas y judíos maltratados en una huida espantosa.

En 1941 emigra a New York, invitado por el Museo de Arte Moderno de esta ciudad. Mientras observa con indescriptible pena los acontecimientos de Europa, renueva profundamente su arte como tratando de oponer su obra a la desgracia de su pueblo y a la amenaza de la libertad humana. Poderosos recuerdos de su pasado aparecen de ahora en adelante en su pintura, en la cual el artista se autorretrata con una maestría excepcional. Termina su gran composición "Autour d'elle", comenzada en 1937, que es una especie de síntesis de sus temas preferidos, en la cual alrededor de Bella aparecen todas las figuras y objetos recordados. El sufrimiento y la destrucción de su mundo judío, la fuente vital de la cual se nutría su cariño y sus colores, cambiaron radicalmente su obra y lo transformaron en el pintor de temas trágicos y escenas deprimentes. En su cuadro "L'obsession", 1943, ha condensado todos sus pensamientos del tiempo de la guerra. A un lado observamos a un judío vestido de negro, el cual portando un candelabro gigante en sus manos ilumina a un Jesús crucificado, botado en el suelo. El Mesías del Cristianismo y el representante de un pueblo asesinado están unidos en su sufrimiento. Un coche repleto de refugiados está detenido frente a una casa ardiendo. Todo el cuadro está pintado con colores propios de la batalla y de la destrucción. Arriba, en el cielo, se observa a una mujer, aparentemente llevada por el viento. Terminada la guerra, Chagall no encontrará de nuevo la paz interior. Sus últimos cuadros no son más que un débil reflejo de su fantasía creadora de antaño.

En 1947 vuelve definitivamente a Francia. Entre sus últimas creaciones se encuentra la realización de los doce vitreaux que adornan actualmente la sinagoga del Centro Médico Hadassá de la Universidad Hebrea de Jerusalén, inaugurados a comienzos de 1962.

Durante dos años trabajó Chagall en la investigación, estudio y realización final de estos vitreaux, que simbolizan, cada uno, a uno de los doce hijos de Jacob, de los cuales derivaron las doce tribus de Israel. Usa en su ilustración el texto bíblico de las bendiciones de Jacob y de Moisés. El simbolismo de estos vitreaux es sutil y de difícil interpretación; desde el colorido básico de cada uno de ellos, hasta los



fig 6 Chagall: Vendedor de diarios, óleo 1914

detalles más pequeños, corresponden todos al profundo estudio que el artista hiciera del texto bíblico. Esta gran obra, que contiene toda la extravagancia y el encantamiento de la imaginación de Chagall, es considerada como la realización máxima del artista.

Con su obra, Chagall aporta a la pintura moderna una fantasía literaria que ya no parecía corresponder al arte moderno, al poner alas a los amantes, al pin-

tar sus músicos, sus flores, sus animales y sus pájaros que han dado de nuevo libre curso a nuestra imaginación. En Chagall, cuya sensibilidad fue siempre la de un poeta, han podido mantener su derecho de existencia la fábula tradicional y el cuento, así como la magia del sueño. Pues como muy bien dice Marcel Brion: "El absurdo no es otra cosa que la lógica del sueño y la razón de la poesía, con las cuales la seca lógica y la estéril razón repudian todo parentesco".